

no. 416 L-652-10

NUEVOS EVANGELIOS

F-6082

por "Demófilo,"



¿QUÉ ES EL SOCIALISMO?

~~Caja 179~~

=====
Precio: UN real.
=====

MADRID
IMPRESA DE «EL CORREO MILITAR»
Calle de Santa Brígida, 4.

1894

NEVOS FARNCELLOS

por "Demofilo"

QUE ES EL SOCIALISMO

1881

1881

NUEVOS EVANGELIOS

por "Demófilo,"

¿QUÉ ES EL SOCIALISMO?



Ref. 2665,

MADRID

IMPRESA DE «EL CORREO MILITAR»

Calle de Santa Brígida, 4.

1894

Ayuntamiento de Madrid

Al Sr. Mameo
Energico luchador de
la causa de la libertad de
conciencia

Demostro

AL LECTOR

Vamos á evangelizar entre el pueblo.

Vamos á trabajar por la fraternidad, el amor y la paz entre los hombres.

Para ello, lo primero y esencial es hacer luz, esparcir la verdad, ilustrar á las masas sobre las cuestiones que interesan á su libertad, á su subsistencia, al sosiego y á la seguridad de su vida.

Es preciso que todo el mundo lea; es preciso que todos pongan su parte en esta nueva, grandiosa obra, que consiste en hacer de toda la Humanidad una familia de hermanos. Se acabó ya el creer que ha de bajar el maná del cielo para alimentarnos. La redención popular ha de ser obra del

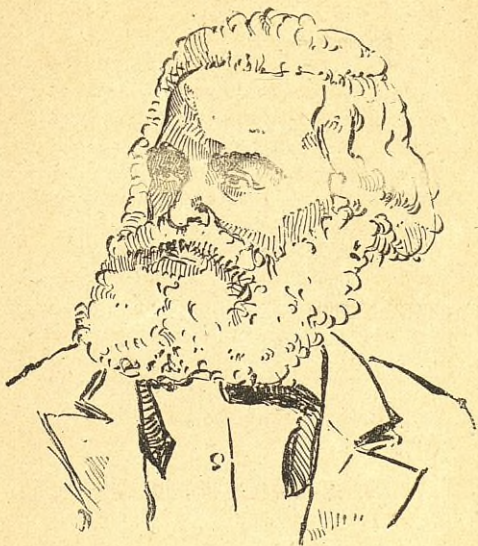
pueblo mismo, y el medio indispensable para preparar esa obra es la lectura. Como el antiguo creyente se preparaba con el examen de conciencia á gozar del reino de Dios, el pueblo necesita prepararse, con la instrucción y la lectura, á gozar del reino de la justicia social.

Carlos Marx, el gran reformador, gritó:
«¡proletarios, uníos!»

Para que se unan y formen una comunión libertadora, hay que gritarles lo primero: «¡leed!»

El Evangelio que seguirá á éste se titulará:

¿Qué es el Libre Pensamiento?



CARLOS MARX

Ayuntamiento de Madrid

ORIGEN DEL SOCIALISMO

El socialismo es hijo de la transformación de la industria; de la invención de las máquinas; de la sustitución de las fuerzas musculares por las fuerzas mecánicas; es, por tanto, hijo de los tiempos modernos.

Hallada la conveniencia de emplear la máquina de vapor como medio de locomoción, fué necesario construir vías, levantar edificios, fabricar locomotoras, anticipar cuantiosos gastos. ¿Qué individuo podría por sí sólo sufragar esos gastos?

Hubo que asociarse, juntar capitales, formar una sociedad colectiva.

El socialismo colectivista surge así, por sí mismo, de la transformación de la industria y de las entrañas del progreso moderno.

Lo que fué indispensable para estable-

cer el servicio de ferrocarriles, lo fué asimismo para montar las grandes fábricas, explotar las minas con la maquinaria nueva y realizar todo género de grandes empresas.

Ferrocarriles, telégrafos, grandes flotas de navegación, arsenales, forjas, todos estos medios gigantescos de producir ó ayudar á la producción se deben al colectivismo; esto es, al socialismo, tal como lo defienden y propagan hoy sus corifeos. Sin el socialismo, ¿cómo se hubiera hecho la obra colosal del Canal de Suez, que tantas riquezas está engendrando?

Destrucción de la propiedad individual.

Pero, es claro; al surgir estos medios colosales de producción, los que aplicaban los medios antiguos no pudieron competir con ellos. La diligencia no podía seguir al tren, ni menos el carro y la caballería de porte.

El propietario del coche diligencia; el del carro que hacía el servicio ordinario desde el pueblo á la ciudad; el arriero porteador de artículos de comercio, quedaron

anonadados; su pequeña industria pereció.

Lo mismo aconteció al propietario del telar de mano frente á la fábrica movida por la máquina.

El fenómeno inevitable, necesario, de la introducción del maquinismo, fué la destrucción creciente de la propiedad individual.

La máquina comenzó á expropiar á los propietarios pequeños.

Y he aquí cómo la introducción de las máquinas trae consigo una enorme, una pavorosa revolución social.

Hay que forjarse las máquinas como colosales gigantes que vienen con sus brazos de hierro triturando á los pequeños propietarios, y con sus pies de apisonadora borrando los límites de la vieja propiedad individual.

Se comprende así que esos propietarios, sus hijos, sus parientes, hayan salido al encuentro de las máquinas armados de piedras y de palos, para contenerlas. Se comprende que los campesinos hayan arrojado y arrojen piedras sobre las máquinas del tren y que los obreros manuales se hayan ensañado con furor, destruyendo las máquinas que venían á hacerles competencia, quitándoles de los labios el pan.

El maquinismo ha sido como un ejército formidable, una ola que ha destruído toda la vieja propiedad, trayendo un régimen nuevo, un mundo nuevo.

El régimen nuevo.

Ese régimen nuevo de la propiedad se llama el *régimen capitalista*.

¿En qué consiste?

Consiste el régimen capitalista en la propiedad colectiva de un corto número de privilegiados que no ponen esfuerzo alguno en la producción, que no trabajan.

Así, la propiedad de los caminos de hierro, por ejemplo, ha venido á ser de los accionistas, de los poseedores de títulos de renta, que no ponen absolutamente esfuerzo alguno en este servicio social, pudiendo vivir y gozar de su propiedad á larga distancia, sin conocer siquiera el país donde esa propiedad existe: tal sucede con los franceses, los ingleses, alemanes, etc., que poseen títulos de renta de nuestros ferrocarriles. Hay más; suele suceder, como en España, que no son sólo los particulares, es el país entero el expropiado por compañías

extranjeras, que son las dueñas de las vías férreas.

Bajo este aspecto ha habido un retroceso enorme. El lazo unitario entre el propietario y el trabajador se ha roto; el propietario del telar de mano ha tenido que ponerse á sueldo como obrero de fábrica, no pudiendo sostener la competencia con la máquina tejedora; el arriero, arruinado por el ferrocarril, se ha tenido que transformar en mozo de tren; el pequeño comerciante, imposibilitado de sostener la competencia con el gran almacén ó el bazar vecino, se ha convertido en dependiente; todos los antiguos propietarios se han transformado, se van transformando poco á poco en asalariados.

Y al perder su propiedad esos pequeños propietarios, han perdido su dignidad social, su paz, su reposo, la seguridad de su vida. Ya no viven de sí propios; dependen de una voluntad ajena que dispone de su personalidad, pudiendo en un momento cualquiera ponerlos en la calle, arrojándolos en la miseria con sus familias.

He aquí transformada la cuestión social en una cuestión moral, en una cuestión de libertad.

La máquina, que es un instrumento de

progreso que ha de libertar la Humanidad del yugo del trabajo material, se ha convertido, por lo pronto, en instrumento de opresión. No hay libertad sino cuando uno puede disponer de sus actos y regular con independencia su vida. El antiguo propietario era libre, puesto que disponiendo de medios para el trabajo en plenitud, podía disponer de esos medios y, aunque en esfera modesta, regular enteramente su vida. Pasando á ser asalariado entra bajo la esfera de la voluntad ajena y ya se acaba su libertad y todo se hace inseguro é incierto para él. —¿Me despedirán mañana? ¿Se arruinará la compañía? ¿Se paralizará el trabajo á causa de la abundancia de los productos y de la crisis comercial? He aquí interrogaciones que flotan sin cesar sobre el cerebro del asalariado, las cuales, abultadas por la imaginación á causa de las crisis y de las catástrofes financieras que se repiten sin cesar, le hacen pasar continuas, horribles torturas.

La máquina ha sido así, por lo pronto, una causa de pérdida de libertad, de aniquilación de la autonomía personal, y por ello, de los más grandes, de los más cruentos dolores.

Injusticia del régimen capitalista.

Desde luego, todo el régimen capitalista descansa en una evidente, en una palmaria injusticia. Por virtud de él la propiedad ha pasado, ¿á manos de quién? De los que no trabajan.

El accionista de un ferrocarril es completamente ajeno al servicio de la vía; el poseedor de acciones de un banco no tiene que escribir ni una letra para gozar de los dividendos activos; el tenedor de títulos del Estado no necesita prestar servicio alguno á la administración pública para cobrar su cupón.

Entre tanto, el verdadero trabajador, el empleado del ferrocarril, el tenedor de libros del banco, el funcionario público no tienen propiedad alguna; son asalariados á quienes se puede despedir á voluntad de los consejeros de las empresas ó de los ministros. Los obreros de las fábricas carecen absolutamente de propiedad y de seguridad. Son un simple instrumento de producción, el aditamento de una máquina que se mueve ó se para según el interés del propietario.

En resumen; el régimen capitalista está constituido por un reducido número de propietarios que no trabajan y una enorme suma de trabajadores, la casi totalidad de los humanos, completamente desposeídos y además sin libertad, sin seguridad y sin verdadera dignidad, reducidos á la categoría de simples proletarios.

Ahora, como con el progreso de la industria los medios mecánicos se perfeccionan y se agrandan, la propiedad colectiva aumenta de día en día y los propietarios individuales, no pudiendo resistir la competencia, se ven desposeídos y convertidos en asalariados; de suerte que el ejército de proletarios crece, mientras el número de capitalistas disminuye. Esto es; la injusticia social aumenta con los medios de perfeccionamiento y de progreso.

¿A quién pertenece la propiedad?

No hay nadie en particular que pueda atribuirse el derecho exclusivo á gozar de la propiedad. La propiedad es, en gran parte, un tesoro que hemos recibido de nuestros antepasados. Los que más han contribuído á formar ese tesoro, no han

gozado, generalmente, de él; quizá han sufrido las más horribles torturas. Galileo, que tanto puso en el descubrimiento de las leyes físicas, base de la industria moderna, sufrió cruentas persecuciones; Servet, otro gran hombre de ciencia, fué quemado; Giordano Bruno, que enseñó la constitución del universo, dando principios fundamentales para todas las ciencias positivas, sufrió también la muerte en hoguera; los obreros manuales, de cuyas manos han salido todos los productos que constituyen el capital social, han vivido en la miseria y la desolación.

No hay, pues, derecho por nadie en particular á atribuirse la propiedad de esos potentes medios de producción, nacidos del cerebro y del trabajo acumulado de las generaciones que pasaron.

La propiedad de la máquina y de los demás instrumentos del trabajo no se puede reservar, por tanto, á ningún individuo en particular, ni á un grupo de individuos, sin que resulte una evidente injusticia. El verdadero propietario es el todo: la colectividad social. Los que han sufrido para producir un invento y los que han trabajado para acumular riquezas, no lo han hecho para el goce de tales ó cuales personas, con

exclusión del resto, sino para el goce de la Humanidad entera. Mientras la Humanidad esté dividida en grupos autónomos, como lo está hoy en naciones, la propiedad de los instrumentos de trabajo debe ser de la nación.

Tal es la conclusión á que llega el colectivismo.

Los que se atribuyen exclusivamente la posesión de los medios de producción, son detentadores de la propiedad común, y esa expropiación de la colectividad por unos pocos, es tanto más irritante cuanto que los detentadores son precisamente los que nada hacen, los que no trabajan.

Lucha de clases.

Se comprende bien que semejante régimen social no pueda sostenerse. La sociedad está dividida en dos clases: una compuesta por un corto número de privilegiados que no trabaja y es la poseedora de los medios de producción, y el resto, la mayoría, que trabaja y se encuentra totalmente desposeída.

Sería hacer una injuria á la Humanidad creer que esta clase desposeída iba á con-

formarse con su situación. Esperarlo, creerlo, es, de parte de la clase privilegiada, una ilusión torpe y engañosa. La lucha de clases ha surgido, debía surgir, y no cesará hasta que la justicia no se haga.

Y puede sostenerse menos esta situación desde el momento en que la clase desposeída tiene en su mano el cetro de la soberanía. Entrando los proletarios en posesión del sufragio universal, pudiendo dar y quitar leyes, el régimen capitalista se hace insostenible por estar en abierta oposición con el régimen político.

El primer pensador y el más elocuente orador del socialismo francés, Mr. Jaurés, lo ha hecho ver con esa claridad diáfana de exposición que posee como nadie, y en que es verdaderamente maestro.

«Vosotros—ha dicho Mr. Jaurés en la Cámara francesa dirigiéndose á los gobernantes—habéis hecho la República y es vuestro honor; vosotros la habéis hecho inatacable; la habéis hecho asimismo indestructible; pero, haciéndolo, habéis instituído entre el orden político y el régimen económico en nuestro país, una intolerable contradicción.

»*Mr. Goblet*: ¡Muy bien!

»*Mr. Jaurés*: En el orden político, la na-

ción es soberana y ha roto todas las oligarquías del pasado; en el orden económico, la nación está sometida á muchas de esas oligarquías...

»Sí; por el sufragio universal, por la soberanía nacional, que encuentra su expresión definitiva y lógica en la República, habéis hecho de todos los ciudadanos, incluso los asalariados, una asamblea de reyes. De su voluntad emanan las leyes de gobierno; destituyen y cambian á sus mandatarios, los legisladores y los ministros. Pero en el momento mismo en que el asalariado es soberano en el orden político, se ve reducido en el orden económico á una especie de servidumbre. Sí; en el momento en que puede arrojar á los ministros del Poder, él no tiene estabilidad alguna y puede ser arrojado sin garantía del taller. Su trabajo no es más que una mercancía que los detentadores del capital aceptan ó rehusan á voluntad.

»Puede ser arrojado del taller; no colabora á los reglamentos del taller, que vienen á ser cada día más exigentes y capciosos y que son hechos sin él y contra él.

»Es la presa de todos los acasos, de todas las servidumbres, y en todo momento ese rey del orden político puede ser puesto

en la calle; y si quiere ejercer su derecho legal de resistencia para defender su salario, puede encontrarse con que se le niega todo trabajo, todo medio de existencia por las grandes compañías mineras. Y en tanto que los trabajadores no necesitan pagar más en el orden político que una lista civil de algunos millones á los soberanos que habéis destronado, están obligados á restar de su trabajo varios miles de millones (*aplausos en la izquierda*) para remunerar á las oligarquías ociosas, que son las soberanas del trabajo nacional. (*Nuevos aplausos en la izquierda*).»

De todo esto, Mr. Jaurés concluía, que el movimiento socialista había nacido del movimiento republicano y que la República política tenía que conducir inevitablemente á la República social.

Tomen acta de estas palabras los obreros españoles; oigan los socialistas esa lección que les da su gran maestro, el director parlamentario de la minoría socialista en la Cámara francesa: la República ha sido en Francia la madre del socialismo, y por todas partes se está viendo que el socialismo viene del sufragio universal, raiz del régimen republicano.

De tal manera las reformas políticas han

preparado el triunfo del socialismo, que los partidos populares abrigan ya por todos los países la esperanza de llegar al triunfo sin necesidad de derramamientos de sangre.

El socialismo inglés y el socialismo alemán lo fían todo á la conquista de la opinión por medio de la propaganda. El socialismo francés, que se ha inclinado siempre á procedimientos de fuerza, declara ya, por labios de sus primeros representantes, que sólo apelará á la revolución armada en el caso en que los capitalistas se empeñen en mantener el estado actual por la violencia.

Descomposición del régimen capitalista.

El socialismo avanza á pasos de gigante porque el régimen capitalista se está descomponiendo por sí mismo. No otra cosa representan los llamados *Panamás* que tanto escándalo han producido en Francia, en Portugal, en Italia y por todas partes.

Es necesario cegar para no comprender que ese fenómeno, reproducido en todos

los países con necesidad indefectible, tiene por causa un vicio original de la constitución social.

Ese vicio nace de la profunda injusticia en que descansa todo el régimen capitalista. Tal es el árbol; tal los frutos. Lo que es en su base profundamente inmoral, tiene que dar necesariamente frutos inmorales.

Estando toda la propiedad colectiva en manos mercenarias; no siendo los trabajadores propietarios ni de los instrumentos del trabajo, ni de los productos, forzosamente la producción tiene que quedar expuesta á todos los acasos y precipitarse fácilmente en la ruina. Tal es lo acaecido en la cuestión de Panamá. El derroche allí ha sido completo. Obreros, ingenieros, funcionarios administrativos, siendo todos asalariados, han procurado aprovecharse lo más posible de las considerables riquezas puestas en su mano por propietarios anónimos. Las faltas se sucedían y para que no se denunciasen se compraba á los periódicos; y para obtener concesiones sobre concesiones, se compraba del mismo modo á los legisladores y á los ministros. La corrupción se extendía más y más por todo el cuerpo social, y al mismo tiempo, dis-

traídos los recursos de su verdadero objeto, faltaron los medios y la catástrofe sobrevino.

Diariamente se están dando quiebras semejantes de empresas y establecimientos de crédito. El Panamá italiano causa en estos momentos enorme agitación, hasta hacer bambolearse y oscilar la obra de Garibaldi y de Mazzini.

Sin duda, es insostenible el régimen capitalista. «Hacienda tu amo te vea», dice el refrán castellano; y creer que se puede ser propietario en Europa del sudor que derraman los trabajadores allá lejos en el canal del Panamá y que es lícito gozar en saraos y banquetes mientras aquellos infelices caen triturados por la mole de los desmontes ó devorados por la fiebre, es ofender la sabiduría de la creación.

Estas catástrofes repetidas están enseñando á todos los que tienen abiertos los ojos que el régimen capitalista se hunde. Sufren los obreros, sufren los propietarios, sufre todo el mundo. Ante tantas víctimas, entre las que se cuentan hasta los hombres más eminentes ¡un Lesseps! y los que gozaran de más poder y de más honor, las gentes van cayendo en la cuenta de que no son los hombres los culpables, sino el ré-

gimen. Julio Guesde acaba de decir en el parlamento francés con espíritu tan generoso como elevado:

«La clase capitalista no es más responsable de vivir del trabajo del proletario que lo es el proletario de ser explotado por la clase capitalista.»

Todos son víctimas de un régimen sustentado sobre la injusticia y la inmoralidad.

Así, cada catástrofe nueva, haciendo salir á la superficie los gérmenes infectos del régimen capitalista arroja más y más elementos al partido socialista.

Los sucesos del Panamá han convertido al socialismo á la parte más sana é inteligente del antiguo radicalismo francés, que se ha descompuesto, y el partido socialista que no tenía importancia alguna en el parlamento, se ha levantado de pronto, atrayendo la atención general y pesando seriamente en la política francesa. En Italia, donde también tenía escasa importancia, se ha erguido repentinamente, llenando todo el país, hasta intimidar al poder, que no ha encontrado otro medio de combatirle que decretar la disolución de sus asociaciones. En Bélgica acaba de obtener un triunfo ruidosísimo en las elecciones generales su-

plantando en la Cámara al antiguo liberalismo y convirtiéndose desde su aparición en elemento parlamentario que pesa e influye en la gobernación del país.

A la disolución del régimen capitalista acompaña, por tanto y por todas partes la organización del partido socialista que se apresta á recoger la herencia del moribundo Estado actual.

El fondo de la cuestión.

Realmente no cabe ya cuestión sobre la bondad del colectivismo. Sus mismos adversarios, los que combaten al socialismo, hacen algo más que los socialistas que se limitan á defenderlo con palabras; ellos, los capitalistas, lo practican. Son los poseedores de acciones de los bancos, los tenedores de títulos de la deuda, los accionistas de las grandes compañías férreas y metalúrgicas, son los poseedores de la propiedad colectiva, los que pretenden oponerse al movimiento socialista. Y sucede que esos poseedores suelen proceder de la vieja propiedad individual que han liquidado para adquirir acciones y títulos de la pro-

propiedad colectiva, donde encuentran más abundante y segura ganancia.

Está, pues, ganada la partida por el colectivismo, según proclaman con sus actos los mismos poseedores de la propiedad individual.

Y es claro; como que al poner en comunión los esfuerzos humanos, la producción se dilata cobrando proporciones que no se pueden suficientemente apreciar ni medir.

Carlos Marx ha dicho sobre esto:

«Además de la nueva potencia que resulta de la reunión de numerosas fuerzas en una fuerza común, el solo contacto social produce una excitación que eleva la capacidad individual de la ejecución.»

No cabe, por tanto, discutir: el régimen de la propiedad individual ha muerto y el propietario del pequeño campo, y del telar y de la diligencia y del buque de vela y de la tienda pequeña, están condenados irremisiblemente á desaparecer.

La cuestión social no está, pues, en sí ha de haber ó no propiedad colectiva, sino en la forma de repartirse esa propiedad, en su distribución equitativa, en lo que se llama ya la *justicia social*.

La cuestión social se convierte así en una cuestión jurídica, esencialmente jurí-

dica. Es el Estado, es la ley quien la ha de resolver.

¿Se comprende si serán insensatos los que creyendo servir al proletariado dicen al obrero: trabaja por emanciparte, pero no te mezcles en política? Que es decirle: «Toma parte y no tomes parte en la resolución del problema social.»

La revolución social.

Resulta así, que la parte esencial de la revolución social no tiene que hacerla el pueblo; se va haciendo por sí misma. A cada momento los progresos de la industria, que se suceden con maravillosa rapidez, exigen mayor concentración de capitales y, por tanto, mayor crecimiento de la propiedad colectiva. Destruída la propiedad individual, los pequeños propietarios pasan á la clase de proletarios y las grandes empresas, los grandes bazares, los grandes bancos van acaparándolo todo. «No tenemos que hacer gran cosa—dicen los socialistas—la sociedad capitalista nos lo dará todo hecho; al declarar del Estado la propiedad colectiva, sólo quedaran expropiados un corto número de potentados del capital execrados por todos».

La única cuestión que queda es la de la distribución en la masa social de la propiedad colectiva, de suerte que á todos alcance alguna parte, que nadie quede expropiado.

Porque resulta que los adversarios del colectivismo son precisamente los que están haciendo desaparecer esa propiedad individual que tanto decantan, dejando sin ella á la casi totalidad de los individuos. En tanto que los colectivistas quieren devolver la propiedad á los expropiados, bien que varíe la forma de esa propiedad.

La revolución social tiene, por tanto, por objeto lejos de destruir la propiedad, darla á todo el mundo.

¿Cómo se llegará á esa revolución?

Hasta aquí se preconizaban los medios violentos. Hoy se da preferencia á los pacíficos.

Jules Guesde ha dicho en el Parlamento:

«Nosotros demoleremos vuestra bastilla si nos obligáis. Pero no emplearemos los medios violentos si nos dejáis los medios legales.»

He ahí el milagro de ese voto que defendía con tanto calor el mago Víctor Hugo.

Ya los partidos más extremos de su pa-

tria arrojan el fusil y prefieren el voto, como él había anunciado.

¡Y le llamaban utopista!

Carácter internacional del socialismo.

El socialismo moderno ha nacido ya con carácter internacional. *La Internacional de Trabajadores*, cuya alma fué Marx, tomó este nombre significativo para anunciar su fe de existencia. Socialismo é internacionalismo vinieron así á confundirse.

Es ciertamente un título de honor para el partido socialista. Él viene, no con *tiradas de versos*—que diría Mr. Jaurés,—sino con la fuerza de los hechos, á realizar la aspiración más alta que ha cruzado por el pensamiento humano: la unión de todos los hombres bajo una sola patria, la tierra.

En efecto; las obras colectivas de nuestra edad pasan las vallas de las naciones, exigiendo el concurso de los hombres de todas las razas y continentes y sirviendo de este modo á enlazarlos en una solidaridad indestructible. Así, obras como la del Canal de Suez no se hubieran podido hacer sin el concurso de todas las naciones civilizadas.

Hay actualmente accionistas del Canal pertenecientes á todos los países; franceses, ingleses, alemanes, rusos, españoles... Tal solidaridad de intereses en esa y otras obras semejantes, establece una corriente continua de paz y amistad entre todos los pueblos. ¿Qué pasará, dice el poseedor de acciones del Canal de Suez, si estalla la guerra europea, y una sola nación como Inglaterra, por ejemplo, se apodera del Canal? La paralización del trabajo traerá la disminución de los beneficios; quizá la ruina de la empresa, y en esa ruina soy precipitado con toda mi familia. Claro es que el que se hace esas reflexiones ha de trabajar con todo lo que es y puede por la paz; y como los accionistas son hombres de la banca, personajes políticos, legisladores, su opinión pesa singularmente sobre los negocios públicos. De ahí las dificultades que hoy encuentra la guerra; de ahí que lleve Europa ya veinticuatro años de paz.

El colectivismo es, sin duda, un gran pacificador. Es además un lazo de amor y de fraternidad entre los hombres, como jamás existiera hasta aquí.

Saludemos con júbilo á esa locomotora empenachada que va cubierta de flores y

de sedas en las inauguraciones oficiales. Ella, portadora del colectivismo, lo es asimismo de la paz.

Los socialistas belgas.

Nadie ha cobrado tanta conciencia del carácter internacional del socialismo como los belgas. Y es que tampoco ningún grupo socialista de Europa tiene un espíritu tan elevado, una conciencia tan luminosa y lúcida como el de ese enérgico, amado pueblo.

Apenas toma posesión de su investidura el grupo de socialistas que acaba de conquistar allí tan ruidoso triunfo, ¿qué hace? Afirmar ante el mundo su carácter internacional.

En el mensaje que ha dirigido á sus colegas los diputados socialistas franceses, ha dicho:

«Se pretende establecer un antagonismo artificial entre la Humanidad y la Patria, como si el amor de la una debiera necesariamente aniquilar la adhesión que se tiene á la otra.

»Ciertamente, los trabajadores belgas aman su pedazo de tierra, donde la sangre

de los mártires del pasado ayuda á hacer germinar la cosecha del porvenir.

»Pero sus simpatías se desbordan, rehusando detenerse en las fronteras, que han cambiado cada medio siglo, á voluntad de las victorias de nuestros amos.

»Colocada en el cruce de las naciones, la Bélgica es *internacional* por su situación misma.

»Las grandes corrientes de ideas que atraviesan la Europa se encuentran entre nosotros con aquellas que vienen de más allá del mar, como los ríos que descienden de Francia y de Alemania se confunden con las olas de los mares ingleses en los pantanos de nuestros Países Bajos.»

A estas elocuentes y generosas palabras, la representación socialista belga ha querido unir un acto proponiendo la constitución de un grupo internacional de diputados socialistas pertenecientes á todas las Cámaras de Europa.

Ese intento, contra el cual ha vomitado cóleras la prensa capitalista ó panamista francesa, no está más que aplazado.



Se comprende que estas grandes corrientes espirituales del mundo, hayan evocado en el alma del gran pensador del socialismo actual, aspiraciones y esperanzas del orden más elevado. Mr. Jaurés, cuyas miradas abarcan el pasado y se extienden por lo porvenir, ha recogido el pensamiento capital de la Historia, convirtiéndolo en ideal esencial del socialismo. Mr. Jaurés ha visto que el mundo pagano, por órgano de Roma, quiso realizar la unidad humana, sin poderlo cumplir porque quiso imponerla por la fuerza; que la Iglesia, una vez que se hizo dueña de la Historia, tuvo el mismo propósito, sin poderlo realizar tampoco por haber equivocado los medios.

«La Iglesia dijo al mundo—habla monsieur Jaurés en una preciosa conferencia que hizo en Bruselas—Libertad ó Unidad. Y el mundo eligió, y eligió con razón, la Libertad. Nosotros, socialistas, no ponemos ese dilema. Nosotros decimos: la Libertad por la Unidad».

Ved si rayan alto las aspiraciones del socialismo contemporáneo.

Difusión del socialismo.

El mismo Mr. Jaurés ha pintado de mano maestra el avance creciente del movimiento socialista, que lo va llenando todo.

«¿No os llama la atención—decía dirigiéndose á sus adversarios en el Parlamento—la universalidad del movimiento socialista? Por todas partes, en todos los países del mundo estalla á la misma hora. Desde hace diez años no podéis hablar de la historia de Bélgica, de Italia, de Alemania, de Austria, sin hablar de la historia del partido socialista. Sucede lo mismo de los Estados Unidos, de la Australia, y aun de esa misma Inglaterra, que era, según vosotros, el refugio del individualismo: he aquí que las *Trades-Unions* entran en el movimiento socialista; he aquí que renuncian á hacer solamente una agitación profesional; he aquí que entran en la acción política. No se encierran más tiempo en su isla; toman parte en todos los congresos internacionales; no quieren reducirse más á constituirse en una aristocracia obrera, crearse en el orden capitalista ventajas particulares; al contrario, se abren á todos

los oficios, aun los más miserables, que se conceptúan rebajados: es que la idea socialista se afirma en ese país. Son las fórmulas mismas del socialismo las que han sido promulgadas recientemente en el Congreso de las *Trades Unions*, de Belfas...

Y replicando al presidente del Consejo por haber atribuído á algunos agitadores franceses el movimiento socialista que allí se produce, concluía diciendo:

«Hacéis demasiado honor, señor presidente del Consejo, á los que acusáis; concedéis demasiado poder á los que tratáis de agitadores. No depende de ellos el haber desencadenado un movimiento tan vasto; no es suficiente el soplo débil de algunas bocas humanas para desencadenar este alarido del proletariado universal.»

[Refutación al argumento capital contra el socialismo.]

Los oportunistas franceses quisieron hacer pocos días coger en una red á los socialistas, provocándolos inopinadamente á discusión. Contaban con la inexperiencia parlamentaria de Jules Guesde, el apóstol del socialismo marxista. Fueron presos en

la red que preparaban, porque Guesde hizo una improvisación brillante, que produjo, primero en la Cámara y después en el país, una impresión profunda.

Sobre todo, se destacó en su discurso la refutación al argumento principal que se hace al socialismo de suprimir el interés personal.

He aquí esta interesantísima parte de su improvisación:

«Nosotros—dijo—no suprimiremos el interés individual; antes bien, le enlazaremos con el interés colectivo.

»En la familia, el interés individual y el interés colectivo no hacen más que uno.

»Pues bien; yo digo que en la sociedad de mañana, en la gran familia de la Humanidad, el interés individual y el interés colectivo no serán más que uno.

»Se nos dice á menudo: Pero en vuestra sociedad de mañana todo estímulo al trabajo habrá desaparecido.

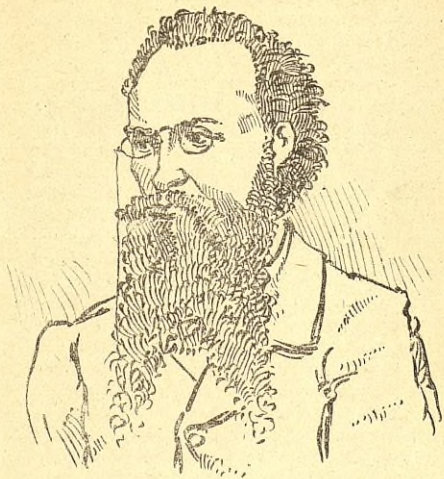
»Eso que teméis en el porvenir, existe, desgraciadamente, actualmente. Actualmente, en efecto, los trabajadores en las fábricas no tienen ningún interés en dar el máximum de productividad. Lejos de ello, si trabajan dos veces durante un día, perderán una jornada de trabajo.

»Así, la objeción de que tanto se abusa contra nosotros no tiene fundamento. Es precisamente en la sociedad actual donde no existe el estímulo al trabajo.

»Al contrario, en la sociedad de mañana habrá un excitante individual para rendir la mayor cantidad posible de trabajo, porque si en una nación como Francia, por ejemplo, señora de todos sus medios de producción, hace falta para una producción dada, seis, siete horas de trabajo, mañana ese trabajo será rebajado á cinco horas y media ó á cinco horas para dar el mismo resultado.

»Sí; yo afirmo que en la sociedad nueva habrá en todos los talleres, en todas las canteras, un interés común en producir lo más posible en el menos tiempo posible. ¿Por qué? Porque ese esfuerzo dará por resultado un aumento de reposo y de goces.»

¿Se equivoca en sus pronósticos Guesde? ¿Qué importa? Sus sentimientos piadosos en favor de los infelices proletarios, y sus deseos vehementes de aliviarles del pesado fardo del trabajo que les abrumba, no quedarán menos evidenciados. De estas santas intenciones tienen que nacer, forzosamente, frutos de bendición para la causa de los que sufren.



JULES GUESDE

Camino para resolver el problema social.

Impuesta á todos los espíritus la cuestión social, cada cual intenta darle solución desde su respectivo punto de vista, y así, hay socialismo imperialista, socialismo cristiano, socialismo católico, de cátedra, etc.

¿Cuál es el camino mejor para llegar á la resolución del problema social? ¿Dónde, en qué principio hay que buscar la solución?

El camino cristiano.

Las religiones dicen: «nosotras sólo podemos resolver el problema social, porque estamos en posesión de la verdad eterna».

¡De poco les ha servido esa posesión; porque después de diecinueve siglos de imperio, en vez de extinguir han traído la miseria!

Las religiones no han tenido idea siquiera del problema social.

Abrid los Evangelios, donde está la pa-

labra del Dios cristiano, y ved si encontráis una palabra, una sola letra que os ilumine acerca de esta cuestión.

Allí hallaréis, al contrario, que el hombre no debe preocuparse de la sociedad; que debe despreciar el trabajo; que no tiene que hilar, ni tejer, porque de todo eso se ocupa su padre celestial, que viste maravillosamente á los lirios de los campos y á las avecillas de los cielos. El reino cristiano no es de esta tierra.

Ahora, la cuestión socialista es de aquí y hay que resolverla aquí.

Sobre esto nos extenderemos en un *Evangelio* que hemos de titular: ¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO?

El camino católico.

No hay que confundir el catolicismo con el cristianismo. La prueba está en que las iglesias protestantes, que son cristianas, mucho más cristianas que la Iglesia católica, viven en guerra con el catolicismo.

El catolicismo es, precisamente, la antítesis del cristianismo. Él sí quiere el imperio de esta tierra; pero omnímodo, absoluto. Cuando ha tenido la fuerza en la ma-

no, ha agarrotado, triturado, abrasado al que sólo se permitía pensar de un modo contrario á la furiosa casta sacerdotal, alma de la Iglesia.

El movimiento socialista, parte esencial de la evolución del espíritu moderno, ha querido ser detenido, aniquilado, anonadado por la Iglesia.

Los clérigos le han salido al encuentro armados del hierro y el fuego con que han sacrificado á los gloriosos mártires de la redención popular. Oír decir á los judíos que sacrificaron al Cristo: «nosotros somos los verdaderos intérpretes de la doctrina cristiana», no debía causar más indignación que oír decir á los sacerdotes: «nosotros somos los maestros del socialismo».

¿Y hay todavía quien los crea?

Se les está viendo rodear á los capitalistas, vivir en sus palacios, bendecirlos, incensarlos; se les ve pugnar por mantener el régimen capitalista ¡y aún osan ofrecerse como guías y amigos del proletariado para resolver el problema social!

Importa mucho al pueblo, aquí más que en parte alguna, por el imperio que ejerce esa terrible casta, ponerse á cubierto de sus tramas siniestras.

A este fin, haremos otro *Evangelio* con el título:

¿QUÉ ES EL CATOLICISMO?

Hay que hacer luz en las tinieblas.

El verdadero camino.

No; las religiones no podrán resolver un problema en que ni siquiera han soñado; sólo puede resolverlo quien le ha traído, quien le ha, puesto. Ahora bien: ¿sabéis quien ha traído el problema social?

Pues es la ciencia positiva.

La ciencia positiva, guiando á portugueses y españoles en sus maravillosos descubrimientos, que cambian la faz de las relaciones terrenas, ensanchándolas y dilatándolas; la ciencia positiva, ahondando en el conocimiento de las leyes de la naturaleza; la ciencia positiva, inventando la máquina: he ahí quien ha traído el problema social.

Es la ciencia positiva también quien lo resolverá.

Todos los corifeos del socialismo se proclaman hijos de la ciencia positiva.

Ellos trabajan con fe ardiente en el terreno de los hechos por resolver el problema social.

Por eso hay que saludar, como una bendición de los tiempos, la dichosa conjunción que acaba de darse entre el socialismo y la ciencia en un pueblo simpático, en un pueblo querido á los españoles, en el pueblo belga.

Los socialistas belgas son la expresión acabada del ideal en este respecto. Salidos de las aulas de la Universidad, son á la vez apóstoles de la ciencia y de la democracia. Defienden el socialismo, no sólo por ser favorable al proletariado, sino porque concuerda con los principios más altos de la ciencia social.

Ya el precursor del socialismo belga, el bendito César Paeppe, reunía ese doble carácter de hombre de ciencia y de apóstol de la democracia socialista.

Hoy aparece mucho más de relieve ese doble carácter en un hombre eminente, que es de los primeros, sino el primer maestro de las ciencias sociales. Nos referimos á Hector Denis, ex rector de la universidad de Bruselas: ¡un sabio y un santo!

Oidle para amarle y seguirle.

Con ocasión de inaugurarse en Bélgica un templo de la ciencia, decía, hace poco:

«El tiempo se aproxima en que cada uno reconocerá, so pena de perpetuar la anarquía intelectual y moral y los antagonismos sociales, que es en la ciencia donde hay que buscar el lazo común de todos los espíritus; que hay que pedir á ella el lazo común para todas las conciencias; esto es, principios comunes de moral social basados sobre la naturaleza humana...

»El poder de expansión de la ciencia no puede ser comprimido. Ella ha penetrado sucesivamente en todos los dominios accesibles á la observación y á la experiencia; nuestro siglo á acabado por someterle los fenómenos más complicados de todos aquellos que presentan el espíritu humano y las sociedades humanas. Por todas partes vemos extenderse el imperio de las leyes naturales.

»Ni los poderes temporales, ni los poderes espirituales, ni los sabios mismos pueden detener el impulso de la ciencia, como lo ha demostrado Littré. ¿De qué sirvió la retractación de Galileo? Newton, ¿no vino á someter el Universo á la atracción? Vanamente se han esforzado algunos sabios en inmovilizar la ciencia. Couvier detiene

á Lamarck y á Geoffroi en la teoría de la transformación de las especies; un cuarto de siglo después aparecen Darwin y Wallace.»

Ved ahora qué bellamente pinta el carácter libre y pacífico de la ciencia.

«Por otra parte, la ciencia no inspira ninguna coacción; ella espera la adhesión espontánea de los espíritus, según las leyes lógicas de la demostración y de la prueba, y esta adhesión es por sí misma irresistible. En su templo, la ciencia no reclama otro culto que la sinceridad de las investigaciones. El vigor de los métodos y del razonamiento, la disciplina de las pasiones, la independencia del espíritu, el amor de la verdad, y, por encima de todo esto, la tolerancia y la modestia, que nos hace ver la limitación del saber humano.»

¡Qué diferencia entre la ciencia y la religión! La religión había dicho: «arrodíllate y cree»; y la Humanidad no ha creído. La ciencia dice: «no creas lo que no reconocas libremente por tí mismo como verdad»; y la Humanidad: europeos, asiáticos, americanos, moros, cristianos, judíos, todos estáis creyendo.

-Ese insigne maestro que ocupa las alturas desde donde se domina el mundo ac-

tual, es, á la vez que un sabio, un creyente; tiene fe en la sabiduría. Oídlo para vuestro consuelo los que no veis con tanta profundidad y por eso dudáis:

«Abrigo la convicción profunda—dice Héctor Denis—de que salimos de una fase crítica y de antagonismo. No vamos á repetir la Historia, sino á continuarla. Entramos en una fase orgánica, en la cual la ciencia, servida por instituciones cada día más numerosas y fecundas, demostrará de una manera irrecusable que es la gran Pacificadora. Por esto creo que el templo de la ciencia será con el tiempo el templo de la fraternidad y de la libertad.»

Sí; la ciencia se está convirtiendo en religión, y en Bélgica y en Inglaterra y en Francia comienzan los espíritus más puros y desinteresados á ejercer en los campos y en las aldeas el apostolado de la verdad científica.

El socialismo y el libre pensamiento.

Denis decía las anteriores palabras con ocasión de la inauguración de un templo de la ciencia fundado por los librepensado-

res belgas, los cuales, decía, «están animados de un puro entusiasmo, preocupados de un porvenir pacífico para la Humanidad, tanto como de la emancipación del espíritu humano».

Y es que en Bélgica el libre pensamiento está unido estrechamente al movimiento socialista.

Nacieron juntos, como hijos gemelos de César de Paepe, el amigo de Carlos Marx. Fué César de Paepe el propagandista del socialismo en Bélgica, á la vez que el fundador de las sociedades de librepensadores.

Ahora han sido esas sociedades la base de operaciones para los trabajos electorales que han decidido el triunfo del socialismo.

Y es que el libre pensamiento es como la religión del socialismo. Del ejercicio de la libertad del pensamiento ha nacido el conocimiento de las injusticias sociales y de los medios de remediarlas. El libre pensamiento es la luz, el sol del socialismo.

El socialismo y la instrucción laica.

«No se puede echar vino nuevo en odres viejos», ha dicho el Evangelio antiguo.

La actual sociedad, educada en el antiguo régimen, no comprende el socialismo, y por eso no lo puede realizar. Hombres á quienes se les ha enseñado que el fin más alto es conquistar una gloria egoísta, para sí propios, no pueden concebir esta pura felicidad que siente el socialismo de trabajar y sacrificarse por el bien común.

Hay que preparar la generación nueva para que conozca, ame y respete la propiedad colectiva.

La justicia social se realizará entonces por sí misma. Crear, pues, la enseñanza racional, la enseñanza laica y habréis resuelto el problema.

Así lo reconocía Mr. Jaurés, el cual demostraba á los oportunistas en la Cámara, que no podían paralizar el movimiento socialista, porque había nacido de la enseñanza laica, creada por la República.

«¿Cómo queréis—les decía—que á la emancipación política no venga á agre-

garse la emancipación social, cuando habéis preparado y decretado vosotros mismos su emancipación intelectual? Porque vosotros no habéis querido solamente que la instrucción fuese universal y obligatoria; habéis querido también que fuese laica y habéis hecho bien.»

Y, es claro, basta educar á los hombres en la razón, para que comprendan que el régimen colectivista es el único necesario y racional.

De ahí que esos trabajadores que vienen desplegando un santo celo por el desenvolvimiento de la enseñanza laica; esos miembros de la sociedad de los *Amigos del Progreso*, de Madrid; esos enérgicos catalanes, que extienden por momentos en su región las luces del laicismo; esos valencianos, esos andaluces que trabajan ahora mismo con fe bienhechora por el establecimiento de escuelas laicas, son los más útiles y concienzudos obreros de la redención social.

Los masones que en Cataluña apoyan con tanta devoción el movimiento laico, son también la flor de su bienhechora, potente Orden.

El socialismo y la República.

Aun cuando no fuera más que por impulsar poderosamente y de una vez la enseñanza laica, los socialistas debían anhelar el advenimiento de la República en España.

El partido popular es pobre; carece de hábitos de asociación; carece de luces para comprender todo el valor de la enseñanza laica. Los maestros laicos, por otra parte, se ven asediados de una persecución implacable por esa negra, terrible hueste clerical, que tiene las manos llenas de oro y el corazón de odio; varios maestros sucumben. Hace falta, sin duda, el oro de la República y su brazo armado de espada para establecer y prodigar la instrucción laica. Entre tanto, los efectos de ésta tienen que encerrarse en esfera muy modesta.

Un equívoco mantiene aquí divorciado el socialismo y la República. Baste ver á esos socialistas belgas, los más ilustrados del mundo, que apenas pisan la Cámara izan la bandera republicana para que se desvanezca ese equívoco lamentable que puede

retardar considerablemente el triunfo del socialismo.

Ahora más que nunca hace falta que socialistas, anarquistas, republicanos, librepensadores, masones, espiritistas, toda la hueste popular, se junte en una sola falange para contener la ola clerical que desborda.

Hay, pues, que unirnos y levantar la República armada con espada de fuego si hemos de salvar el progreso amenazado y dar un impulso irresistible á la obra de la redención humana.

El socialismo y la raza ibera.

Tratando de demostrar que el internacionalismo socialista no destruye el carácter individual de cada nación, ha dicho Mr. Jaurés:

«Aunque el socialismo sea y tenga por todas partes la misma fórmula emancipadora, hace llamamiento en cada país á las particularidades históricas. En Inglaterra es esa organización en unión de oficios, en *Trades-Unions*, lo que hace su fuerza; en Bélgica es el viejo espíritu de compañerismo y de libertad de los municipios lo que

lleva los trabajadores á sus brazos; en Francia es el instinto republicano que duerme en el pueblo y que cree que socialismo no es más que la extensión de la República; en Alemania es el espíritu de disciplina que hace de nuestros hermanos de más allá del Rhin los soldados del batallón más compacto del ejército socialista.

«Por todas partes el socialismo se afirma, pues en la diversidad, ¿cuál es el pueblo que osará decir que cesará de ser una nación el día en que haya extirpado de su seno el germen del mal que amenaza matarla?»

«Ningún pueblo desaparecerá ante la humanidad emancipada; habrá por todo el mundo naciones libres, sobre las cuales pasará un soplo de bienestar posándose sobre la diversidad de los jardines.»

Se ha visto que en esa enumeración Mr. Jaurés no habla de España. Nuestra patria es á sus ojos una cantidad negativa por hoy en el movimiento socialista.

Sin embargo, si hay alguien que debe aportar á ese movimiento una fuerza gigantesca, es España, es Portugal.

Tiene razón de afirmarlo así nuestro adorable amigo Magalhaes Lima en sus viajes andantescos por Europa para pedir

por la federación ibérica y por la paz del mundo.

Si hay dos pueblos con un marcado sello de internacionalismo y, por tanto, de socialismo, son Portugal y España.

Portugal no es la faja estrecha de tierra peninsular donde tiene su gobierno; es Africa, es Asia, es el océano donde ha desplegado su brillante historia, la fuerza de su genio y su indomable valor.

España es el genio de la universalidad. Ella, antes que nación alguna moderna, intenta resolver el problema en que habían fracasado la Roma pagana y la Roma cristiana, de hacer de la tierra una sola patria.

Ambas naciones, con sus descubrimientos prodigiosos, llaman al resto del mundo á una comunión universal, convirtiendo el desierto del océano en una inmensa ciudad flotante donde hoy se cruzan, saludándose diariamente, los hombres de todas las razas, de todos los pueblos y de todas las creencias.

Juntos ambos pueblos, llegaron á tener posesiones en todos los continentes y en todos los países, declarándose únicos propietarios del mar inmenso.

Aquellos esfuerzos epopéyicos no se han desvanecido en el viento; quedan, por lo

contrario, grabados indeleblemente en la tierra. Veinte naciones de origen portugués y español, ocupan la mayor parte del continente americano, teniendo su lengua, sus costumbres, sus sentimientos, su sublime idealidad.

Esa fuerza humana existe para algo en el mundo.

En la obra internacional que persigue el socialismo, este factor ibero está llamado á tener un valor excepcional.

Si se juntan el germano y el francés, ¿no sería más fácil juntar el portugués, el español, el mejicano, el brasileño, hijos de los mismos padres, nacidos en el mismo hogar?

Francia aportará á la obra internacional del socialismo su gran corazón y su espíritu luminoso; Italia los entusiasmos generosos de su alma celeste; Alemania la fuerza de su raciocinio y la disciplina de su potente voluntad.

Pero España y Portugal, sobre análogas cualidades, que desplegarán antes que esas naciones modernas, anticipándose á ellas, le llevarán de la mano un coro de naciones americanas que encierran en sus virginales senos tesoros inagotables para alimentar al mundo resolviendo, por sí solas la parte más aguda del problema social.

¡No lo olviden los socialistas españoles!
Sin duda hay que trabajar por la ciudad universal, pero desde casa.

Lo primero de todo para el portugués consciente, para el americano consciente, para el español consciente que ame el socialismo, es trabajar por la federación de todas las naciones que hablan portugués y español. Eso será trabajar eficazmente por la idea socialista. El internacionalismo ibero-americano es sin duda una parte esencial y principalísima del internacionalismo universal.

Que no haya, por tanto, un hijo del pueblo en la Península que deje de ayudar á la obra de la federación ibérica; que no haya ningún americano de nuestro origen que deje de trabajar con fe ardiente por el iberismo, base de todos los trabajos ulteriores, para llegar á la federación con nuestras hijas las naciones americanas.

¡Pueblos ibero-americanos, despertad!
Volved á la vaina el acero homicida y agrupaos en torno de vuestras viejas madres para participar en la obra de la nueva redención.

No haciéndolo, tienen derecho los espíritus elevados á desdeñarlos, olvidándose hasta de vuestro nombre al hacer el cóm-

puto de las fuerzas inteligentes que concurren á la realización del divino bien.

Y vosotros, socialistas peninsulares, que deslumbrados por apariencias brillantes lleváis vuestras miradas al extranjero, desdenando volver la vista á vuestra historia, no olvidéis que sólo desde esa historia tan gloriosa, aprovechándola y desenvolviéndola, podéis servir eficazmente á la causa que amáis. Así, cuando os presentéis ante el extranjero, que hoy no repara siquiera en vuestro nombre, podéis decirle: aquí os ofrecemos una fuerza, un poder formidable, aportado por mi raza para la realización del ideal socialista.

En suma: debemos ser internacionalistas de España y Portugal é internacionalistas ibero-americanos, antes que ser y para ser internacionalistas del Universo.

EXHORTACIÓN

Hijos del pueblo:

Id, id á predicar este Evangelio entre las gentes.

Decidles:

El reinado de la justicia social se acerca.

En la sociedad nueva, cada cual tendrá su parte de propiedad; cada cual su parte de soberanía, su parte de instrucción, su parte de luz.

La producción se multiplicará de un modo prodigioso una vez que todos se apliquen al trabajo y sepa el obrero que le pertenece una parte del producto y que

trabaja, por tanto, para sí mismo; los inventos se centuplicarán, y el horno de la producción, caldeado por el fuego de la fraternidad, producirá pan en abundancia para todo el mundo.

Se está viendo ya la inmensa ventaja de la propiedad colectiva sobre la antigua propiedad individual; y esto es en la aurora, ¿qué será cuando el día colectivista toque el zénit?

No más egoísmos nacionales; no más ejércitos permanentes; no más guerras sangrientas ni guerras de tarifas. Las aduanas desaparecerán, porque las fronteras serán demolidas. Los trabajadores de todo el mundo, que ya se reúnen en congresos y aclaman la fraternidad universal, se abrazarán, formando una alianza perpetua que nada ni nadie podrá destruir, porque todos, iluminados por la luz del saber, se convencerán de que su interés personal está vinculado á la prosperidad común. La paz perpetua, la paz inalterable será el fruto regalado de la justicia social.

Teniendo todos su pan asegurado, ¿quién se expondrá á robar? No habrá ladrones, ni cárceles, ni presidios, como sucede ya en un Estado del Norte-América, sólo por haberse exparcido suficiente luz y haber hecho participar á todos, incluso la mujer, en la dirección del régimen social.

Ese cielo que las religiones han predicado, y de cuyo goce se ha excluído á la gran masa de los proletarios que carecen de dinero para comprarlo á los sacerdotes, el socialismo lo va á traer á la tierra, asegurando á cada criatura humana su parte de pan, su parte de ventura, su parte de felicidad.

¿Lo dudáis, almas ingenuas? Ved ya algún fruto real y tangible que el socialismo ofrece, apenas hace sus primeros aleteos para volar. En Roubaix, ciudad francesa gobernada por un Municipio socialista, se han creado cantinas escolares para alimentar á los niños de las escuelas. Doce mil niños reciben del Municipio, además del pan del espíritu, el pan del cuerpo, y la

municipalidad consagra 148.000 pesetas al sostenimiento de esa piadosa atención.

¡Oh! amantes madres que carecéis de lo más indispensable para alimentar á vuestros hijos, ¿no sentís estremecerse vuestro corazón de felicidad al pensar que vuestros niños pueden algún día gozar de tanto bien?

Pues hay un medio: leed; excitad á leer á todo el mundo; extended por todas partes este Evangelio del amor, de la fraternidad y de la paz social.



LIBROS DE "DEMÓFILO,"

DE VENTA EN LA

Administración de "Las Dominicales,"

Galle de Claudio Coello, 84.—Madrid.

	Pesetas
Batallas del Libre pensamiento. —Colección de artículos (varios denunciados), de la primera época de LAS DOMINICALES	1
Poseidos del demonio. —Cuadro de la España mística del siglo XVII.....	2
Radicalismo y Federalismo. —Folleto de propaganda republicana	1
La Redención. —Librito de propaganda. Un ejemplar, 10 céntimos. Paquete de 25 ejemplares.....	1 25
Instrucción para enseñar el mecanismo de la lectura y escritura á los adultos en una semana. —Un ejemplar.....	0 25
Catecismo del Libre pensamiento. —(Agotado).	
Artículos religiosos y morales. —(Agotado).	

A los suscriptores y corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

Las Dominicales

Del Libre Pensamiento

(SEMANARIO DE MADRID)

Director: FERNANDO LOZANO

Primer redactor: ODÓN DE BUEN

Catedrático de la Universidad de Barcelona.

Es el periódico más popular; leído á millares de obreros.

Circula en América como ninguno otro español.

De él acaba de decir un periódico:

«Es el periódico que con más alteza de miras, más desinterés y más valentía trata las cuestiones en España.»

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre.....	2	pesetas.
Provincias: ídem.....	2,50	íd.
Ultramar y América: año.	15	íd.
Extranjero: ídem.	12	íd.

CORRESPONSALES

Se envían paquetes desde cinco ejemplares, enviando el importe por meses, trimestres ó semestres adelantados (según la importancia de los pedidos).

Se desean corresponsales en todos los pueblos, suplicando los busquen á **los amigos de «Las Dominicales».**

REGALADO.